

LOS ESTUDIOS SOBRE LA COLONIZACIÓN FENICIA EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XVIII

El s. XVIII supuso una serie de cambios de vital importancia en el ámbito cultural español. Examinar qué significó la Ilustración para el desarrollo de los estudios sobre la colonización fenicia constituye el motivo de este artículo. En él se contemplan los descubrimientos arqueológicos acaecidos en esa centuria, así como los diversos avances logrados en cuestiones como el alfabeto, la epigrafía, la numismática o la crítica de las fuentes literarias clásicas, estudios vinculamos con los realizados en otros puntos del continente europeo.

Palabras clave: fenicios. Historiografía. España. s. XVIII.

The 18 th. century meant a series of changes of essential relevance in the Spanish cultural environment. The purpose of this article is to examine the importance of the Illustration for the development of the studies about the Phoenician colonization. We deal with the archaeological discoveries from that century, and also with the different achievements in subjects such as the alphabet, epigraphy, numismatic or the review of the classical literary sources. We relate those studies with the works carried out in other parts of Europe.

Key words: Phoenicians. Historiography. Spain. 18 th. century.

INTRODUCCIÓN

Es bien sabido que una de las facetas que caracterizaron a los estudiosos ilustrados españoles del s. XVIII fue su gran interés por el pasado, hasta el extremo de haberse llegado a plantear que esta centuria es, al menos en este país, el siglo de la Historia (Álvarez, 1996b, 47-48). Una Historia dominada por la razón y por un sentido mucho más crítico y reformista que antaño, en la que en absoluto tenían cabida las innumerables leyendas y fantasías que tanto habían proliferado en la etapa final del Antiguo Régimen. Antes al contrario, los ilustrados apostaron decididamente por el estudio de las relaciones sociales y económicas, algo francamente novedoso y que suponía un avance metodológico de gran trascen-

dencia respecto a la historiografía precedente (Fontana, 1999, 72-75).

En palabras del padre Benito Jerónimo Feijoo (1980, 105) el estudioso debía buscar ante todo la verdad, pues como indica *Siempre he admirado a Tito Livio, no sólo por su eminente discreción, método y juicio, mas también por su veracidad*, lo que no significaba que para los ilustrados el pasado careciera de un sentido didáctico y, ante todo, eminentemente práctico, pues como afirma Jovellanos (1978, 74) de su estudio *el estadista, el militar, el eclesiástico pueden sacar de su conocimiento grandes enseñanzas para el desempeño de sus deberes*.

La creación de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes, la realización de *viajes literarios* en busca de todo tipo de antigüedades, o la impresión de textos clásicos

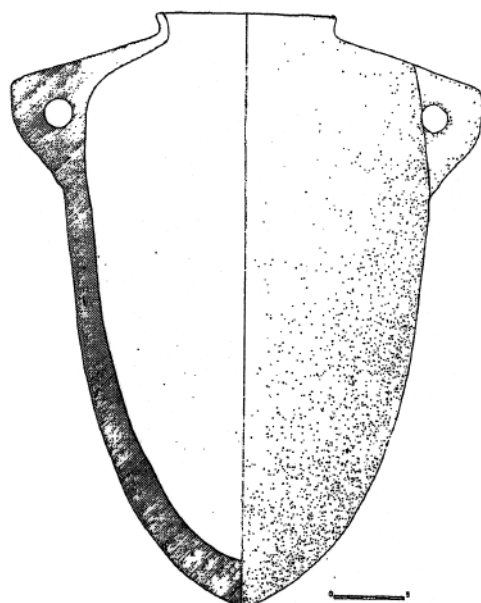


Figura 1- Vaso de alabastro de Churriana (Fuente: Pérez)

sicos (Canto 1993-94, 36), suponen una cierta institucionalización acorde con la reforma emprendida en las Universidades, aun cuando todo ello fuese indisolublemente unido a los intereses políticos de la nueva dinastía borbónica, deseosa de auspiciar una nueva lectura del pasado más acorde con la realidad que vivía el país (Beltrán 1993, 118-124).

A pesar de ello es preciso indicar que también durante estas décadas encontramos aún autores imbuidos por las creencias tradicionales como refleja, a título de ejemplo, todo el rocambolesco asunto concerniente a las falsificaciones dieciochescas relacionadas con el Sacromonte granadino (Mora 2003, 535-542). En consecuencia, y aún a riesgo de simplificar en exceso (Álvarez, 1996a, 97), podemos hablar de dos tendencias contemporáneas, una receptiva a las ideas que venían del extranjero y otra reacia cuando no francamente opuesta a la asunción de dichos planteamientos (Beltrán 1993, 118 y 122; Fombuena 1995, 206-207; Ferrer 1996, 54-55), corrientes que en el fondo no dejaban de reflejar distintos posicionamientos de índole política.

Por otra parte, se ha apuntado el restringido alcance que tuvieron los postulados ilustrados entre la mayor parte de los estudiosos españoles del pasado, ya que sus logros alcanzaron una repercusión muy limitada en la sociedad española del momento (Beltrán 1995, 18-19). Algo similar

aconteció con muchas de las instituciones creadas en estas décadas y que, al menos en teoría, debían fomentar la difusión y aceptación de estas nuevas ideas (Ferrer 1996, 64). Un síntoma de lo que decimos es la práctica inexistencia de excavaciones arqueológicas, hecho que contrasta si tenemos en cuenta el auspicio dado a los trabajos emprendidos en Pompeya, Herculano y zonas próximas (Represa 1987, 41-50; Beltrán 1995, 22-23).

A continuación nos detendremos en examinar los estudios dedicados durante estas décadas a un período muy concreto del pasado, como es la presencia fenicia en nuestras costas. Con esta finalidad veremos en primer lugar los descubrimientos acaecidos en este siglo, para más tarde pasar a contemplar el desarrollo que los estudios sobre estos colonizadores tuvieron entre los ilustrados españoles y europeos, en este caso principalmente británicos que investigaban en el extremo oriental del Mediterráneo.

LOS NUEVOS HALLAZGOS ARQUEOLÓGICOS PENINSULARES

Aunque a lo largo de esta centuria, especialmente en sus últimas décadas, el volumen de nuevos hallazgos o la localización de yacimientos vinculados con el mundo fenicio no fue muy elevado, sí resultaron ser bastante significativos tal y como tendremos ocasión de comprobar. En concreto estos descubrimientos y observaciones se centraron en dos lugares del litoral malagueño, como son Churriana y Casa de la Viña, y otros dos de la actual provincia de Cádiz: El Castillo de Doña Blanca y Carteia.

El primero de los lugares mencionados facilitó una serie de hallazgos que todavía suscitan ciertas dudas. Ello atañe especialmente a un vaso canopo que se conservaba en 1782 en una finca cercana a la desembocadura del río Guadalhorce. Algunos años después, en concreto en 1791, es citado en compañía de otros cuatro vasos de alabastro de los que en la actualidad sólo se conserva uno (fig. 1) (Pérez 1983, 237-238). La cuestión estriba en dilucidar el origen de todas estas piezas, ya que aunque para algunos autores este vaso canopo puede proceder de las inmediaciones (Baena 1979, 20-21), la mayoría de los estudiosos sobre el tema se inclinan por considerar que su llegada fue fruto del coleccionismo ejercido por los propietarios de la finca donde se custodiaban el canopo (Pérez 1983, 242), como sabemos que ocurrió con otro ejemplar adquirido en la década de 1950 en el mercado de antigüedades malagueño y que forma parte de la colección Canivell (Gamer-Wallert

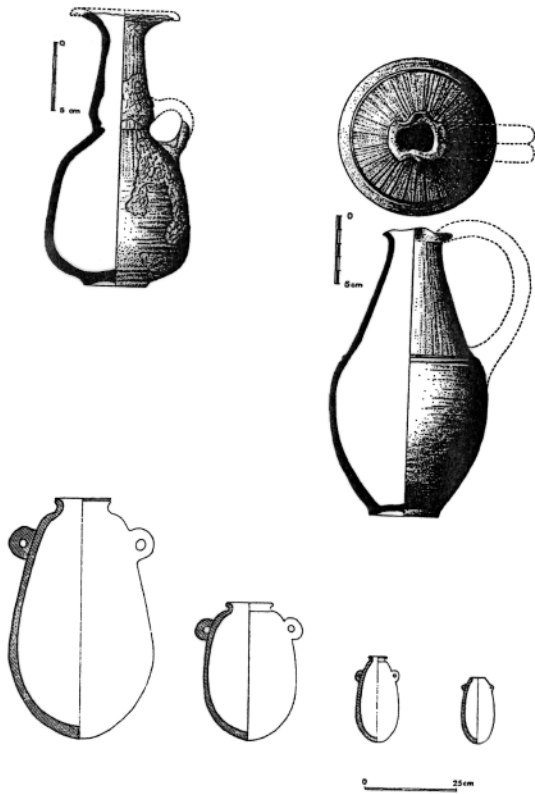


Figura 2- Materiales hallados en Casa de la Viña (Fuente: Almagro, Pérez).

1972, 267 y 270). Afortunadamente estas dudas no afectan a los restantes recipientes, puesto que de forma generalizada se admite su procedencia hispana. Así pues, no cabría descartar que estos últimos pudieran proceder de una necrópolis fenicia detectada en la zona de Cortijo de Montañez, la cual se vincula con el asentamiento del Cerro del Villar, y de la que únicamente conocemos algunos materiales descontextualizados que se fechan a comienzos del s. VI a. C. (Aubet et alii 1995, 217).

Ya ciñendonos a Casa de la Viña cabe indicar la aparición de varios recipientes de alabastro y cerámica, amén de un ídolo o dige, un escudo con asa de medalla y una piecicita pequeña de plata (Berlanga 2003; 388), materiales estos últimos hoy en día desaparecidos y de los que no sabemos nada, aun cuando es probable que se trate de amuletos que acompañaban a los enterramientos. Al parecer fueron encontrados en 1792, no siendo hasta el pasado siglo cuando fueron valorados acertadamente (fig. 2). Ambos objetos cerámicos resultaron ser un jarro de boca trilobulada y otro de boca de seta recubiertos con engobe

rojo, los cuales pueden datarse en el s. VII a. C. (Fernández 1958, 39-42; Fernández, 1971, 340-348; Almagro 1972, 172-183). Los cuatro de alabastro eran de distintos tamaños siendo probable que los de mayores dimensiones fuesen empleados como urnas cinerarias, algo que no debió ocurrir con los más pequeños, tal vez destinados a contener perfumes o ungüentos. Es muy posible que estos dos jarros junto a los cuatro recipientes de alabastro (Pérez 1976, 904-906) procedan de una necrópolis localizada en Cerro del Mar que se fecha entre los s. VII-VI a. C., en una de cuyas tumbas se descubrió parte de otro de estos vasos de alabastro (Niemeyer 1979, 247-248).

En cuanto a las alusiones dieciochescas referidas al asentamiento de Castillo de Doña Blanca hemos de decir que son más bien escuetas según vemos en Bartolomé Gutiérrez, cuyos escritos por otra parte no se harán públicos hasta el s. XIX, o en los de Juan Miguel Rubio, quien tuvo peor suerte ya que su obra no llegó a editarse nunca. Ambos vienen a describir someramente la presencia de estructuras de habitación y de parte de lo que se ha supuesto que sería la muralla de los s. IV-III a. C. (Ruiz 1995, 160), así como otros restos posiblemente de época romana como serían un acueducto y varias sepulturas que Gutiérrez consideró de fechas anteriores. De todas formas no hay que olvidar que la idea del pasado que tenía este autor era cuando menos algo confusa, pues en su opinión los vándalos y godos poblaron España antes que los romanos. Sea como fuere, en ambos casos se relaciona este yacimiento con la antigua población de Asido (Ruiz 1995, 159-160).

Finalmente, y aunque los restos más antiguos conocidos en la actualidad no van más allá del s. IV a. C., parece conveniente no olvidar las alusiones a Carteia. Aunque ya desde el Renacimiento se había especulado acerca de su ubicación en el cortijo de El Rocardillo, no es menos cierto que este lugar debía competir en este sentido con otros emplazamientos. Por lo que respecta a la centuria en la que ahora nos centramos, debemos destacar las visitas efectuadas por varios viajeros británicos que determinan con total fiabilidad el emplazamiento de este enclave. En tal sentido resultan particularmente interesantes los trabajos emprendidos por los ingleses John Conduite (1717-1719, 903-904 y 910) y Francis Carter (1985, 40-41), en los que describen sus amonedaciones, sin que tengan tanta importancia para nosotros la atención que prestan a los restos romanos.

ALPHABETVM HEBRAEO-SAMARITANVM
*cum Quibusdam Brevibus Cunctis Samaritanis
 Abhebraicis quos vidimus antea per collectionem*

Hebr. Vulg.	Hebr. Samaritanum	Punice-Bactaram.
א. Aleph	𐤀 𐤁 𐤂 𐤃 𐤄	𐤀 𐤁 𐤂 𐤃
ב. Beth	𐤅 𐤆 𐤇 𐤈	𐤅 𐤆 𐤇 𐤈
ג. Gimel	𐤉 𐤊	𐤉 𐤊 𐤋 𐤌
ד. Daleth	𐤍 𐤎	𐤍 𐤎
ה. He	𐤏 𐤐	𐤏 𐤐
ו. Vau	𐤑 𐤒 𐤓 𐤔 𐤕 𐤖	
ז. Zain		
ח. Cheth	𐤗 𐤘 𐤙	
ט. Theth		
י. Iod	𐤚 𐤛 𐤜 𐤝 𐤞 𐤟	
כ. Caph	𐤠	
ל. Lamad	𐤡 𐤢 𐤣 𐤤	𐤡 𐤢 𐤣 𐤤
מ. Mem	𐤥 𐤦 𐤧 𐤨	𐤥 𐤦 𐤧 𐤨 𐤩 𐤪 𐤫 𐤬
נ. Nun	𐤭 𐤮 𐤯 𐤰 𐤱 𐤲	𐤭 𐤮 𐤯
ס. Samech		
ע. Hain	𐤳 𐤴 𐤵 𐤶 𐤷	𐤳 𐤴
פ. Pe		𐤵 𐤶
צ. Tsade	𐤸 𐤹 𐤺 𐤻	
ק. Kaph	𐤼 𐤽 𐤾 𐤿	𐤼 𐤽 𐤾 𐤿
ר. Resch	𐥀 𐥁	𐥀 𐥁 𐥂
ש. Shin	𐥃 𐥄 𐥅 𐥆	
ת. Tau	𐥇	𐥇 𐥈

Figura 3-Alfabeto bástulo fenicio de Pérez-Bayer (Fuente: G. Mora).

LOS ESTUDIOS SOBRE EL MUNDO FENICIO EN LA ESPAÑA ILUSTRADA

Siguiendo la misma tónica observada para los s. XVI y XVII los nuevos descubrimientos realizados correspondían sobre todo a zonas de enterramiento, de manera que a las ya conocidas de Cádiz y Almuñécar (Martín 2004, 246-247), vienen a sumarse las de Cortijo de Montañez y Cerro del Mar, si bien también aparecen algunos apuntes sobre algunos asentamientos, en concreto Castillo de Doña Blanca y Carteia. Sin embargo, hemos de reconocer que tales hallazgos no tuvieron mayores consecuencias pues pasaron prácticamente desapercibidos para los estudiosos del momento. Y ello a pesar de que incrementaban el repertorio de la cultura material adscribible a estos colonizadores orientales, pues es en esta centuria cuando hacen acto de presencia los primeros vasos de alabastro junto con las piezas decoradas con engobe rojo, que no serán reconocidas como tales hasta mucho más tarde.

Acorde con estos hechos, en este período asistimos a un creciente interés entre los estudiosos hispanos por las cuestiones de índole epigráfica, si bien, y como podremos comprobar más tarde, en nuestro caso la atención se centrará en las leyendas monetales dada la carencia de inscripciones. Ello se inserta dentro de una preocupación general por conocer qué ciudades antiguas llegaron a acuñar moneda y determinar con precisión la ubicación de las mismas. Fruto de estos esfuerzos, y sin que contemos los quiméricos intentos de personajes como M. Martí o J. Bary, fueron las obras dadas a conocer por F. J. Velázquez, marqués de Valdeflores, o F. Pérez Bayer (fig. 3) sobre los *letreros* de estas *medallas*, ya que el padre Florez desistió por completo de intentar su lectura (Alvar 1993, 157-158; Mora 2000, 178-179). Estas obras pusieron de manifiesto la existencia de una serie de numismas con unos breves textos que debían vincularse con los asentamientos fenicios, textos que pertenecían a un alfabeto que pasó a denominarse *bástulo-fenicio*, siguiendo una terminología creada por el marqués de Valdeflores que con el paso del tiempo gozará de una amplia aceptación (Alvar 1993, 157-159). Así mismo, Francis Carter (1985, 32-34) establece unas interesantes comparaciones entre las monedas de Carteia y las descubiertas en Oriente, en concreto las ciudades de Tiro, Sidón y Berytus, amén de identificar correctamente las acuñaciones emitidas por Cartago.

En otro orden de cosas, y de acuerdo con la renovación metodológica que vemos en otros períodos históricos, se incrementó el interés por efectuar un análisis mucho más crítico de las obras de los autores clásicos, desterrando fantasías y añadidos. En lo que ahora nos atañe cabe mencionar el interés por valorar en su justa medida las fuentes que utilizó Filón de Biblos, el cual aseguraba haber tomado sus datos de un sacerdote llamado Sanchuniatón. Así mismo hubo un elevado interés por los periplos de Hannon e Himilcón, siendo en 1756 cuando el marqués de Campomanes publique el texto del primero de ellos, el cual volverá a ser dado a conocer tres años más tarde por el marqués de Valdeflores, periplo que sitúa cronológicamente a fines del s. V a. C., más concretamente el año 404 (Ferrer 1996, 57). Respecto al segundo periplo, se produce igualmente un examen mucho más detenido de las fuentes que utilizó Avieno para redactar su célebre *Ora Marítima*.

Este entusiasmo por todo lo concerniente a la navegación (Mora 2000, 173), les lleva inclusive a defender la prioridad de los fenicios en el descubrimiento del continente americano, como vemos en la obra de F. Masdeu (Wulff 2003, 86). Aunque no debemos olvidar que a lo

largo del s. XVIII tienen lugar varias expediciones marítimas de carácter científico y exploratorio (Canto 1994-95, 35), desde nuestro punto de vista este interés encontraría su razón de ser en el deseo ilustrado de mejorar la marina española en un momento en el que ésta resultaba de vital importancia para el mantenimiento del imperio ultramarino, imperio que se veía cada vez más amenazado por el ascenso de otras potencias europeas, en especial Gran Bretaña.

Sin embargo muchos de los temas abordados respondían también a motivaciones de carácter político. Así se desprende de los razonamientos que Jacobo del Barco expone a la hora de abordar la ubicación de las islas Cassitérides, hacia donde viajaban según él los gaditanos en busca del estaño. Desde su punto de vista estas islas existieron en la Antigüedad aunque desaparecieron, sin que en modo alguno puedan vincularse con las islas Sorlingas como pretendían algunos eruditos ingleses, en particular G. Cambden, llegando a afirmar la primacía de los españoles sobre el poblamiento de esa zona (Fombuena 1995, 209 y 222-224).

Hemos de reseñar en este punto las críticas que algunos autores extranjeros vierten sobre los estudiosos hispanos acerca del uso que éstos hacen de las fuentes escritas, en especial a la hora de vincular los datos que aportan con tal o cual topónimo, como podemos comprobar en las amonestaciones que J. Conduite (1717-1719, 913) les dedica y en las que hace mención expresa del padre Mariana. Sin embargo, tal vez podamos ver igualmente en esta polémica un reflejo de la situación política de aquel entonces, si tenemos presente que la crítica adquiere su máxima expresión al hablar del poblamiento en Gibraltar anterior a la conquista islámica, aseveración que según Conduite negaban los eruditos españoles. Debemos recordar que Gibraltar había sido anexionado hacía muy unos pocos años al naciente imperio británico al finalizar la Guerra de Sucesión, por lo que todo parece indicar que estaríamos ante un intento por acrecentar su historia desde unos planteamientos distintos.

Aun cuando, como es natural, hubo puntos de desacuerdo entre los eruditos que dirigieron sus miras hacia este tema, es posible señalar varias cuestiones comunes que tendrán una fuerte repercusión en la visión que se ha tenido de la colonización fenicia hasta prácticamente nuestros días. Es notable apuntar que buena parte de ellas, sobre todo las que ahora señalaremos, muestran una clara continuidad con la historiografía hispana anterior, no sólo renacentista y barroca, sino inclusive medieval (Ferrer 1996, 23, 32 y 46-47; Martín 2004, 241 y 243)



Figura 4-Epígrafes fenicios de Chipre publicados por Pococke (Fuente: M. Heltzer).

Cabe mencionar en este sentido la vinculación que se establece entre el remoto occidente, representado por el reino de Tartessos, y las naves de Tarsis, En este punto es preciso citar a Jacobo del Barco (Fombuena 2003, 40), o al británico Francis Carter (1985, 32-33), el cual llega incluso a situar el puerto de llegada de estas naves en Carteia. Ahora bien, no debemos pasar por alto la desvinculación que se establece entre este reino y el personaje bíblico, pues se prefiere optar por movimientos de población, según podemos colegir de los tratados del marqués de Valdeflores (Álvarez 1996b, 108), los Mohedano (Wulff 2003, 77), o Masdeu (Cruz, Wulff 1992, 170).

Otro tema en el que apreciamos esta continuidad respecto al pasado es en la creencia de que el s. VI a. C. supuso un período de profunda inestabilidad en el devenir histórico de España, algo que afectará particularmente a Andalucía, la región más valorada. Aunque es posible encontrar matizaciones en este sentido, el conflicto abarca los enfrentamientos entre griegos y cartagineses por el control del comercio con Occidente, conflicto que llegaría a su cenit con la célebre batalla naval de Alalia y la caída de Tartessos a manos de los cartagineses dada la petición de ayuda hecha por Gadir. Sin embargo, y a diferencia de lo que sucederá más tarde, no se establece en este siglo una vinculación directa entre esta supuesta crisis y los periplos

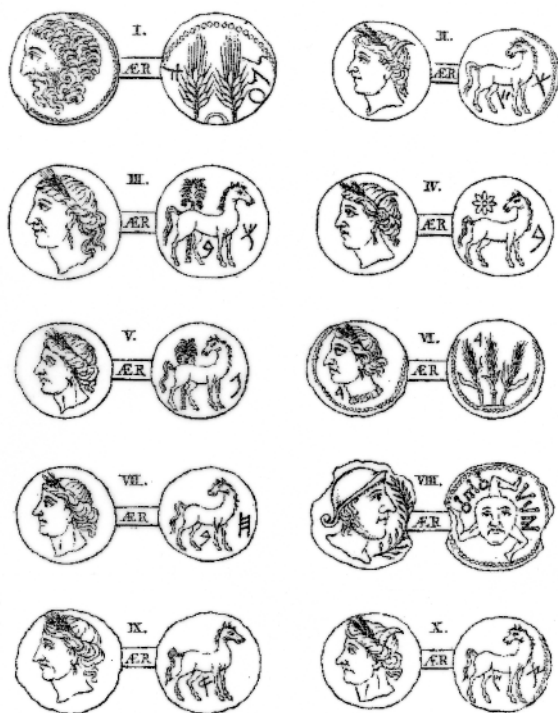


Figura 5-Monedas sículo-púnicas (Fuente: J. Swinton).

cartagineses de Hannón e Himilcón. Escritores como Valdeflores, los hermanos Mohedano y Masdeu (Wulff Cruz, 1993, 90; Álvarez 1996b, 150; Ferrer, 1996, 60-61) son prueba de que este posicionamiento es muy anterior a la figura de Schulten, si bien es justo señalar que en la obra de Carter (1985, 32-34) no se atisba el menor conato de la existencia de esta supuesta crisis.

Esta imagen de crisis destructiva puede ayudar a explicarnos la ambigüedad con la que se abordaba la presencia cartaginesa, pues si bien era cierto que Cartago era responsable de la destrucción de un reino hispánico, el peso de figuras tan atrayentes como la de Aníbal hacía que se valorase en sumo extremo el valor de los combatientes hispanos que integraban su ejército, adjudicándoles un papel decisivo en sus victorias. Dicha idea cuadraba muy bien con las grandes gestas que podían llevar a cabo los españoles si contaban con un buen dirigente.

En otro orden de cosas, es posible apreciar notables diferencias a la hora de ajustar la fecha inicial de esta colonización. Así, mientras que algunos elevan este instante hasta mediados o finales del II milenio, casos de Valdeflores (Álvarez 1996b, 112), los hermanos

Mohedano (Cruz, Wulff, 1992, 83) o Masdeu (Wulff 2003, 87), otros como Carter (1985, 32) consideran que se produce a comienzos del s. IX a. C. De todas formas ello no es obstáculo para que todos piensen que los fenicios representan una etapa del pasado en la que por fin se tienen datos fiables a diferencia de períodos anteriores.

Es importante hacer hincapié en la importancia dada a la colonización semita como un elemento fundamental a la hora de traer la civilización a las poblaciones indígenas, como vemos en Valdeflores (Álvarez 1996a, 120). Este hecho entronca muy bien con los nuevos posicionamientos ideológicos del momento, sumamente favorables al desarrollo de la cultura y la economía, lo que explica la buena aceptación que tendrá en términos generales la llegada de estos navegantes. Esta actitud será llevada a sus máximas cotas por autores como los Mohedano y sobre todo Masdeu, gran continuador de los postulados de dichos hermanos y cuyas alabanzas al papel civilizador jugado por los fenicios alcanzan niveles de auténtico panegírico (Cruz, Wulff 1992, 83-84; Wulff, Cruz 1993, 82-86).

LA COLONIZACIÓN FENICIA EN LOS ESTUDIOS EUROPEOS DEL SIGLO XVIII

Fue también en estas décadas cuando tuvieron lugar algunos descubrimientos en distintos puntos de Europa que propiciaron notables avances en el conocimiento de la lengua y la escritura fenicias. Así, en 1745 R. Pococke hizo públicas un total de 33 inscripciones procedentes de Kitión en Chipre (fig. 4), algunas de las cuales nos informan de judíos asentados en este enclave fenicio durante el s. IV a. C., judíos que utilizaban esta lengua semita en sus escritos. Aunque como él mismo reconoce no pudo leer la lengua en la que estaban redactadas, atinó a asociarlas con el mundo fenicio, algo que debemos valorar en sumo grado sobre todo si tenemos en cuenta que estas losas habían sido reutilizadas como material de construcción, de manera que no se encontraban en su contexto original (Heltzer 1991, 505-506; Mederos 2001, 37). Pocos años más tarde, en 1749, el abate J. J. Barthélemy hizo lo propio con un interesante epígrafe bilingüe escrito en fenicio y griego hallado en la isla de Malta (Lipinski 1992, 154), siendo en 1758 cuando abordó el estudio del alfabeto fenicio tomando como referente poco menos de cuarenta epígrafes y la docena de versos del acto V del *Poenulus* de Plauto, a lo que debemos sumar la publicación de una nueva inscripción maltesa en 1761 (Mora 2000, 176).

Otros estudios, como los emprendidos por el profesor de la Universidad de Oxford J. Swinton (1768, 266-268; 1771, 92-101), se centraron en la identificación de cecas fenicias existentes en la isla de Sicilia (fig. 5) a partir de sus leyendas escritas, en particular Agrigento. Paralelamente este hecho permitió comenzar a conocer los motivos iconográficos que caracterizaban este tipo de amonedaciones, tales como la palmera o la cabeza de caballo. Así mismo, abordó el examen de las monedas de Sidón o Marathus (Swinton 1757-1758, 792-807), con la interesante particularidad de que no sólo prestó atención al alfabeto, sino que hizo lo propio con los distintos numerales grabados en ellas, buscando su equivalencia con el latín (fig. 6). También aborda otra cuestión poco examinada hasta entonces como es la posible presencia de signos de separación entre las palabras (Swinton 1764b, 425-426). Incluso encontramos en sus escritos algunas de las primeras alusiones a las conexiones que se supone existen entre el idioma maltés y la lengua fenicia (Swinton 1763, 291).

Gran interés reviste para nosotros los artículos publicados por este reverendo británico, dado que mantuvo una interesante controversia con el abate Barthélemy acerca de la lectura de una serie de inscripciones halladas en Malta (Swinton 1764a, 121-127; 1764b, 395-429). En su opinión los signos escritos fenicios (fig. 7) pudieron haber sufrido una profunda evolución con el paso del tiempo, de tal forma que si en un primer momento éstos debieron ser muy similares tanto en Oriente como en las colonias que fundaron a lo largo de todo el Mediterráneo, con posterioridad dichos signos debieron experimentar una serie de transformaciones que los fue diferenciando cada vez más. No deja tampoco de insistir en la idea de que es necesario admitir la continuidad de esta lengua tras la conquista romana (Swinton 1763, 288-289).

El interés mostrado por Swinton hacia estos planteamientos, basados en un profundo conocimiento de la lengua hebrea y en la conjunción de los datos facilitados por los restos arqueológicos y numismáticos con los suministrados por las fuentes, nos muestran a la perfección el nivel alcanzado por los estudiosos ilustrados sobre el mundo fenicio fuera de nuestras fronteras respecto a los siglos precedentes. En este sentido la correcta identificación de las inscripciones chipriotas y maltesas permitió comprobar la existencia de unos restos cuya procedencia fenicia era aceptada de una manera generalizada.

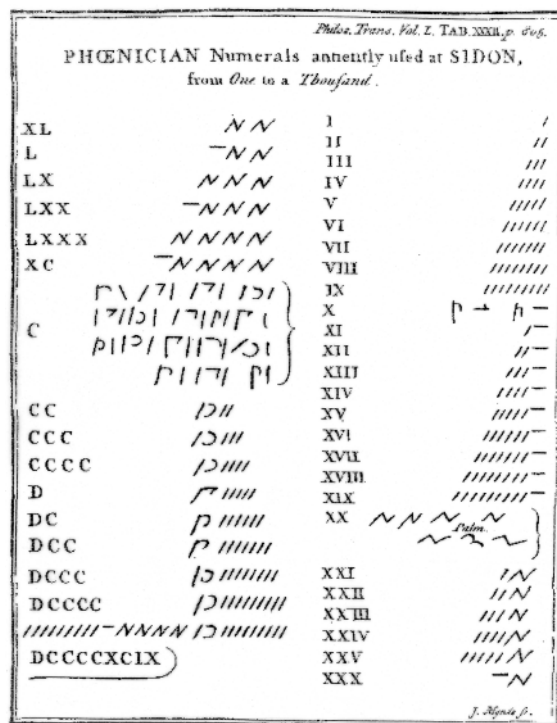


Figura 6-Numerales grabados en monedas fenicias y su correspondencia latina (Fuente: J. Swinton).

CONCLUSIONES

Ciertamente podemos decir que los ilustrados llevan a cabo un denodado esfuerzo por ajustar la historia antigua de España a los nuevos modelos interpretativos (Cruz, Wulff 1992, 165), modelos que muestran una influencia foránea marcadamente francesa, aunque también están presentes autores de habla inglesa como vemos en el gran peso que tuvo Newton en las obras del marqués de Valdeflores (Álvarez 1996b, 103-104), o la correspondencia mantenida por Pérez-Bayer con Swinton y Barthélemy (Mora 2000, 174).

En términos generales se constata una visión francamente positiva acerca del mundo fenicio, hecho en el que percibimos una continuidad respecto a los s. XVI y XVII, algo que no variará hasta que en el s. XIX penetren nuevos influjos procedentes del norte de Europa. Siguiendo dicha tónica la llegada de los fenicios, e incluso la de los cartagineses, será mucho más valorada que la venida de los griegos y romanos (Wulff 2003, 87-89; Ferrer 1996, 63). Ello no es obstáculo, sin embargo, para que existan autores como Jacobo del Barco (1975, 16, 27, 60 y 62),

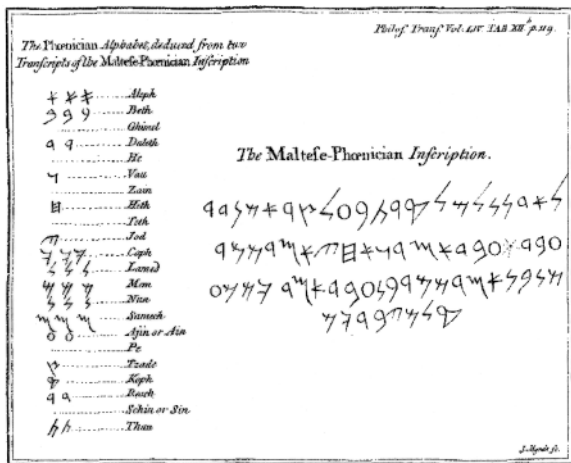


Figura 7-Inscripción fenicia de Malta (Fuente: J. Swinton).

quienes exponen sin el menor tapujo que estos navegantes foráneos eran ante todo seres codiciosos que venían atraídos por el *ansia de dominar España* y así poder *robarle sus thesoros*.

Al cerrar el siglo se disponía de un alfabeto fenicio bien documentado que abría las puertas a futuras lecturas de los nuevos epígrafes que fuesen apareciendo. Ello no oculta, sin embargo, la persistencia de serias dudas en cuanto a la correcta lectura de algunos de sus signos, o sobre su origen y relaciones con otras escrituras orientales entre las que debemos citar especialmente el samaritano, denominación con la que era conocida la lengua hebrea, si bien ello no descartaba la búsqueda de vínculos con otras lenguas de la zona, caso de la hablada en el antiguo reino de Palmira (Swinton 1757-58, 791; 1764, 418; Mora 2000, 175).

A pesar de estos innegables avances seguía sin establecerse relación alguna entre los restos arqueológicos orientales encontrados con el poblamiento de nuestras costas. De todas formas ello no debe resultarnos un hecho inusitado o extraño, pues hemos de recordar que no fue hasta bien entrado el s. XIX cuando se dieron los primeros pasos en ese sentido. Es posible señalar, no obstante, una notable excepción como es el campo de la Numismática, donde sí se establece una clara vinculación entre las monedas y las ciudades que las acuñaron, las cuales son conocidas previamente por las fuentes escritas.

La visión del mundo fenicio vendrá marcada por un marcado sentimiento nacionalista en un denodado esfuerzo por mostrar al resto del mundo, especialmente Europa, que la decadencia experimentada por España a lo largo del

s. XVII no debía generalizarse al resto de su pasado, sino que, muy al contrario, éste mostraba un país sumamente civilizado y emprendedor. Justamente la reconocida actividad comercial y espíritu emprendedor que desde antiguo se les asigna los fenicios encajará a la perfección con las ideas reformistas de los ilustrados y el decidido apoyo que éstos dan a la economía.

Se consolida definitivamente la visión del s. VI a. C. como un período crítico en el que cae la monarquía de Argantonios y los cartagineses se hacen dueños de la situación, lo que no significa que autores como Carter (1985, 37-38) ignoren por completo este planteamiento, señal de que era un asunto que afectaba exclusivamente a los eruditos hispanos. Sin embargo, y contrariamente a lo que sucederá mucho más tarde, cuando el filólogo alemán A. Schulten aborde el tema, esta conquista será valorada en términos generales como un hecho positivo o, cuando menos, no tan negativo como postuló el autor germano.

En definitiva, podemos indicar que durante el s. XVIII asistimos a una serie de modificaciones y al mismo tiempo a la consolidación de modelos ya fijados que afectan de manera particular a la Historia Antigua peninsular, sobre todo en lo concerniente a las características innatas que caracterizan a los españoles desde aquellas tempranas fechas y que no se habrían visto alteradas con el paso del tiempo (Ferrer 1996, 56). En el ámbito específico de los estudios sobre la implantación fenicia hubo también, como no podía ser de otra forma, una mezcla de ambos. Desde el punto de vista metodológico es innegable que se profundiza en el análisis de los textos escritos, mientras que prosigue la desunión entre restos arqueológicos y fuentes literarias, aunque no es menos cierto que se debe más al desconocimiento que estos investigadores tenían de la cultura material fenicia que a una falta de interés hacia la misma. En el plano interpretativo esta continuidad se plasma en el mantenimiento de cuestiones como la vinculación de las naves de Tarsis con Tartessos, la defensa de la existencia de una crisis durante el s. VI a. C. junto con la caída de este otrora mítico reino o el papel positivo que tuvo este proceso colonizador en diversos ámbitos culturales y económicos. Como se ha señalado (Ferrer 1996, 65-66), la falta de nuevos datos que no fuesen los recogidos por las fuentes clásicas abocó este modelo hacia un progresivo agotamiento, sin que la Arqueología, entonces inmersa de lleno en el anticuarismo, pudiese proporcionar una vía alternativa suficientemente sólida.

A tenor de lo expuesto anteriormente es preciso indicar que, si bien es cierto que el Siglo de las Luces no significó

para los estudios sobre la colonización fenicia en la Península Ibérica un desarrollo sustancial si tomamos en consideración el volumen de materiales conocidos o de yacimientos localizados, si tuvo, en cambio, una importancia trascendental al lograr consolidar unos estudios que por fin se alejaban de las incontables fábulas y engaños que habían lastrado nuestro pasado hasta entonces. Como resultado de las nuevas tendencias ilustradas se amplió enormemente el espectro de campos susceptibles de ser investigados, pues ya no interesaban únicamente las grandes gestas emprendidas por reyes y famosos guerreros, de tal manera que se lograron destacados avances en cuestiones que se centraron sobre todo en aspectos de índole lingüístico y numismático, así como en una lectura mucho más crítica de las fuentes escritas.

JUAN ANTONIO MARTÍN RUIZ

(Centro de Estudios Fenicios y Púnicos).
c/Victoria, edf. Sagitario, 14, 3°C
29640 Fuengirola (Málaga)
tel.: 952473286/656565343
jamartinruiz@ya.com

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO GORBEA, M. (1972): Los dos jarros paleopúnicos del Museo Arqueológico Nacional hallados en Casa de la Viña (Torre del Mar), *Madrider Mitteilungen*, 13, 172-183.
- ALVAR EZQUERRA, J. (1993): El descubrimiento de la presencia fenicia en Andalucía, en *La Antigüedad como argumento. Historiografía de Arqueología e Historia Antigua de Andalucía*, Sevilla, 153-169.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (1996b): *La Antigüedad en la Historiografía española del siglo XVIII: el marqués de Valdeflores*, Málaga.
- AUBET SEMMLER, M. E.; MAASS-LINDEMANN, G.; MARTÍN RUIZ, J. A. (1995): La necrópolis fenicia de Cortijo de Motañez (Churriana, Málaga), *Cuadernos de Arqueología Mediterránea*, I, 217-238.
- BAENA DEL ALCÁZAR, L. (1979): Sobre un antiguo vaso canopo en Málaga, *Jábega*, 27, 15-21.
- BARCO Y GASCA, J. (1975): *Disertación historico geographica, sobre reducir la antigua Onuba a la villa de Huelva*, (Sevilla, 1755), Huelva.
- BELTRÁN FORTES, J. (1993): Entre la erudición y el coleccionismo: anticuarios andaluces de los siglos XVI al XVIII, en *La Antigüedad como argumento. Historiografía de Arqueología e Historia Antigua en Andalucía*, Sevilla, 105-124.
- (1995): Arqueología y configuración del pensamiento andaluz. Una perspectiva historiográfica, en *La Antigüedad como argumento II. Historiografía de Arqueología e Historia Antigua en Andalucía*, Sevilla, 13-56.
- BERLANGA PALOMO, M. J. (2003): Nuevas aportaciones para la Historia de la Arqueología en la provincia de Málaga: documentos del Museo Nacional de Ciencias Naturales II: los descubrimientos de Casa de la Viña (Vélez-Málaga) en el siglo XVIII, *Baetica*, 25, 377-392.
- CANTO, A. M. (1994-95): La Arqueología española bajo Carlos IV y Godoy: preludio a los dibujos emeritenses de Villana Moziño (1791-1794), *Anas*, 7-8, 31-56.
- CARTER, F. (1985): *Viaje de Gibraltar a Málaga*, (London, 1777), Málaga.
- CONDUITE, J. (1717-19): A discourse tending to shew the situation of the ancient Carteia, and some other roman towns near it, *Philosophical Transactions*, 30, 903-922.
- CRUZ ANDREOTTI, G.; WULFF ALONSO, F. (1992): Fenicios y griegos en la historiografía ilustrada española: Masdeu, *Rivista di Studi Fenici*, XX, 2, 161-174.
- FEIJOO, B. J. (1980): *Teatro crítico universal*, (Madrid, 1726-1740), Madrid.
- FERNÁNDEZ AVILÉS, A. (1958): Vaso oriental de Torre del Mar (Málaga), *Arqueología e Historia*, VIII, 39-42.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. (1971): Otro jarro paleopúnico en el Museo Arqueológico Nacional, *Trabajos de Prehistoria*, 27, 339-348.
- FERRER ALBELDA, E. (1996): *La España cartaginesa. Claves historiográficas para la Historia de España*, Sevilla.
- FONBUENA FILPO, V. (2003): Antonio Jacobo del Barco: un clérigo ilustrado andaluz del siglo XVIII, en *El clero y la Arqueología española*, Sevilla, 33-48.
- (1995), Antonio Jacobo del Barco: las Casitérides, en *La Antigüedad como argumento II. Historiografía de Arqueología e Historia Antigua en Andalucía*, Sevilla, 201-227.
- FONTANA, J. (1999): *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona.
- GAMER-WALLERT, I. (1972): El vaso Canopo de la colección Ramón Fernández Canivell (Málaga), *Trabajos de Prehistoria*, 29, 267-271.
- HELTZER, M. (1991): Phoenician epigraphic evidence about a jewish settlement in Kition (Larnaca) in the Achaemenid period (IV cent. B. C. E.), en *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Roma, vol.II, 503-509.
- LIPINSKI, E. (1992): Epigraphie, en *Dictionnaire de la civilisation phénicienne et punique*, Leuven, 153-155.
- MARTÍN RUIZ, J. A. (2004): La colonización fenicia en las obras de los eruditos veleños de los siglos XVI y XVII, *Florentia Iliberritana*, 15, 235-251.
- MEDEROS MARTÍN, A. (2001): Fenicios evanescentes. Nacimiento, muerte y redescubrimiento de los fenicios en la Península Ibérica. I. (1750-1935), *Saguntum*, 33, 37-48.
- MELCHOR DE JOVELLANOS, G. (1978): *Obras en prosa*, (Madrid, 1830), Madrid.
- MORA, G. (2000): La moneda púnica en la historiografía española de los siglos XVI a XX, *Anejos de Archivo Español de Arqueología*, XXII, 169-178.
- (2003): Las falsificaciones granadinas del siglo XVIII. Nacionalismo y Arqueología, *Al-Qantara*, XXIV, 2, 533-546.
- NIEMEYER, H. G. (1978): Toscanos. Campañas de 1973 y 1976 (con un apéndice sobre los resultados de la campaña de 1978), *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 6, 219-258.
- PÉREZ DIE, M. C. (1976): Notas sobre cuatro vasos egipcios de alabastro procedentes de Torre del Mar (Málaga), conser-

- vados en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXXXIX, 903-912.
- (1983): Un nuevo vaso egipcio de alabastro en España, en *Homenaje al prof. Martín Almagro Basch*, Madrid, vol.II, 237-244.
- REPRESA FERNÁNDEZ, M. F. (1987): Las primeras excavaciones borbónicas en Pompeya, Herculano y Estabia (1738-1775), *Revista de Arqueología*, 76, 40-51.
- RUIZ MATA, D. (1995): Referencias historiográficas sobre el Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz), en *La Antigüedad como argumento. Historiografía de Arqueología e Historia Antigua de Andalucía*, Sevilla, 153-175.
- SWINTON, J. (1757-1758): A dissertation upon the Phaenician numeral characters antiently used at Sidon, *Philosophical Transactions*, 50, 791-808.
- (1763): An attempt to explain a punice inscription, lately discovered in the island of Malta, *Philosophical Transactions*, 53, 274-293.
- (1764a): Some remarks upon the first part of M. l'Abb. Barthelemy's Memoir on the Phaenician letters, relative to a Phaenician inscription in the island of Malta, *Philosophical Transactions*, 54, 119-140.
- (1764b): Earther remarks upon M. l'Abbe Barthelemy's Memoir on the Phaenician letters, containing his reflections on certain Phaenician monuments, and the alphabets resulting from them, *Philosophical Transactions*, 54, 393-438.
- (1786): Observations on an inedited coin, adorned with two punice characters on the reverse, *Philosophical Transactions*, 58, 265-269.
- (1771): Interpretation of two punice inscriptions on the reverses of two sículo-punice coins, *Philosophical Transactions*, 61, 91-103.
- WULFF ALONSO, F. (1992): Andalucía antigua en la historiografía española (XVI-XIX), *Ariadna*, 10, 9-32.
- (2003): *Las esencias patrias. Historiografía e Historia Antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*, Barcelona.
- WULFF ALONSO, F.; CRUZ ANDREOTTI, G. (1993): On ancient history and enlightenment: two Spanish histories of the eighteenth century, *Storia della Storiografia*, 23, 75-94.